

## SECCION DOCTRINAL



## ROMA

## Y EL CATOLICISMO (1)



## IV

Imposible seria ponderar con acierto el valor de las fábricas y ofrendas erigidas y depositadas en Roma por los católicos de todo el mundo al través de los siglos y las generaciones. Allí los monarcas y los príncipes, los gobiernos y las naciones, los magnates y pequeñuelos, los sabios é ignorantes, el laborioso clero y el alto sacerdocio, de todos los países, han enviado la flor de sus riquezas, de sus pensamientos, de sus oraciones, para formar sobre las cumbres de la historia, por encima del humano nivel de los pueblos, y apoyado en las famosas colinas de eterno renombre, el pedestal sólido é inconmensurable del mayor poder moral que vieron las edades. En él se halla el asiento imperecedero del centro único de aquella religion divina, que purifica y levanta á la humanidad en sus diarias caidas, y recibe de esta en cambio gloria y adoracion, en ese culto permanente, elevado y majestuoso del ánimo y del sentido, que absorbe al hombre entero, tal como es, y conserva robustos y entonados con vitales corrientes los dos elementos cardinales de su naturaleza esencial: la idea

---

(1) Véase el número anterior.

y el sentimiento. Sí, han enviado el primor de sus oraciones, de sus pensamientos y de sus riquezas, «para establecer, como al principio indicamos, en el centro de la region europea, cerebro y corazon del mundo; la cátedra eminente, luz de *verdad* y *justicia*, que alumbré sin cesar el tránsito de las generaciones por la tierra.»

No nos detendremos á describir los modernos monumentos de esa singular ciudad, sus atrios, columnas, estatuas sagradas, sus siete basílicas, sus trescientas sesenta iglesias, sus numerosos monasterios, establecimientos de beneficencia y de enseñanza, sus públicos y privados museos, sus artísticos talleres, sus bibliotecas, sus fuentes, sus obeliscos, sus palacios; todo lo cual ha hecho á un elocuente demócrata español (1) exclamar con entusiasmo, á pesar de sus conocidas prevenciones, que *al lado de Roma todas las ciudades son plebeyas*. Sólo hablaremos brevemente de dos prodigiosas construcciones en el ángulo de Roma que se llama ciudad Leonina, á la márgen derecha del Tíber, no léjos de la subida septentrional del Janículo, en donde, hospedado en San Onofre, murió el inolvidable Tasso: del palacio y basílica del Vaticano.

En aquel monte siempre sagrado, llamado en la antigüedad *de los Vaticinios* por su destino religioso, en uno de los pabellones ó edificios de los jardines de Calígula y Neron, se dió sin duda morada al pontífice, como indica Vasi, al erigir Constantino la suntuosa basílica primitiva sobre el sepulcro de San Pedro. Cuando el Papa San Leon III, al espirar el octavo siglo, coronó emperador á Carlo-Magno, hizo éste larga mansion en el palacio adjunto á esa iglesia de San Pedro. Por el año 1192, Celestino III le hizo reedificar: acrecentóle Nicolao III en 1278; y un siglo más tarde, al restituir Gregorio XI de Aviñon á Roma la Santa Sede, en él se celebró el cónclave por vez primera en 1378. Los engrandecimientos y la acumulacion

---

(1) Emilio Castelar.

de riquezas artísticas é históricas, que despues en él han realizado todos los Papas, desde Julio II, que llamó de Florencia á Rafael para pintar en soberbios fresecos algunas galerías y las cuatro estancias que llevan su nombre, hasta Gregorio XVI, fundador de los museos etrusco y egipcio, y Pio IX, creador del admirable taller de mosaicos, y continuador de las pinturas de las célebres estancias con la proteccion que ha prestado á los más aventajados pintores contemporáneos, no son para referidos en tan breve espacio. Este inmenso edificio, obra sucesivamente del Bramante, Rafael, Pirro Ligorio, Domingo Fontana, Cárlos Maderno, Bernini y Stern, tiene tres pisos, infinidad de salones, cámaras, galerías, grandes capillas, dilatados corredores, biblioteca incomparable por su riqueza y extension, el primer museo del mundo, y un bellissimo y grandioso jardin, que va á terminar en el recinto murado. En suma, veinte patios, ocho escaleras principales, doscientas interiores y cerca de once mil estancias. Calcúlase por algunos que el Papa, recorriendo todos esos diferentes sitios, puede andar ocho millas dentro de su palacio. Un largo corredor aéreo sobre casas y calles enlaza este edificio con el castillo de Sant-Angelo, en el cual se han tenido que refugiar á veces los Pontífices en las luchas ó asaltos que ha sufrido Roma durante la Edad Media y las guerras de Italia en el siglo xvi.

A su lado se levanta, separada tan sólo por la *escala regia*, por donde bajan los Pontífices en la silla gestatoria para las grandes solemnidades del cristianismo, la basílica de San Pedro, maravilla del mundo, primer templo del universo. La vista que desde la plaza de Rusticucci ofrece, á través de la otra inmensa plaza ovalada que forma la colosal columnata dórica del Bernini, de trescientas ochenta y cuatro columnas gigantescas, coronadas por elegante balaustrada (que corre hasta la fachada de la basílica), sobre la que descuellan al aire ciento cuarenta

enormes estatuas de otros tantos insignes héroes de la católica Iglesia, y á través tambien de una tercera plaza rectangular, que sirve de *atrium* al famoso templo, con magnífica escalinata de *travertino* en el centro, y con las dos estatuas igualmente colosales de San Pedro y San Pablo, que Pio IX hizo colocar en sus ángulos, es de lo más sublime y sorprendente que humanos ojos pueden mirar.

El obelisco egipcio que adorna el centro de la plaza ovalada entre dos uniformes y magníficas fuentes de lujosos y elegantes surtidores, alimentados de continuo con grande cantidad de agua del acueducto de Trajano, es el único monolito que se conserva íntegro, por haber permanecido en pié en medio de las devastaciones de Roma. Calígula le transportó de Heliópolis á su circo del Vaticano; Sixto V, del sitio del circo, que es el de la actual sacristía de San Pedro, hasta el centro de la plaza; y á pesar de ser tan breve esta distancia, el gasto del transporte fué de cerca de un millon de reales.

El Papa Nicolao V, en 1450, se propuso inaugurar la fábrica de este nuevo templo, de modo que igualara en grandeza al de Salomon; y dióle principio con la direccion de Rossellini y Alberti. Paulo II prosiguió un tanto las comenzadas obras. Pero el ánimo elevado de Julio II y el artístico genio del Bramante fueron los que dieron cuerpo y consistencia al colosal proyecto. Los Médicis, Leon X y Clemente VII, con Juliano de Sangallo, Rafael de Urbino y Peruzzi; Paulo III con Antonio de Sangallo y el famoso Miguel Angel Bonarruotti, cuya muerte privó al suntuoso templo de una fachada clásica en el estilo admirable de la del Pantheon; San Pio V con Vignole; Gregorio XIII, Sixto V y Clemente VIII con Jaime de la Porta; Paulo V con Carlos Maderno; Urbano VIII, Inocencio X y Alejandro VII con el Bernini, y Pio VI con Carlos Marcionni para la obra de la magnífica sacristía, trabajaron sucesiva-

mente en realizar esta construcción sin rival, bello y espléndido resumen del espíritu sublime del catolicismo. Obra del ánimo enaltecido de quince Papas, entre los que se hallan los soberanos más ilustrados y amantes de artes y ciencias que se han conocido, y del genio inspirado de una pléyade brillante de otros tantos arquitectos, entre los que se cuentan los más sublimes artistas que ha producido la humanidad, la basílica de San Pedro costó al mundo católico dos siglos y medio de tiempo y cerca de dos mil millones de reales. La arquitectura, la escultura, el mosaico, la pintura, la fundición en bronce, el dorado, agotaron en ella todos sus tesoros. El plan admirable del Bramante para la planta de cruz latina con cinco incomparables naves, y el de Miguel Angel para la cúpula del crucero, que son los que han prevalecido, dan á la basílica de San Pedro las mayores y más armoniosas proporciones que en fábrica humana de cubiertas bóvedas se han podido contemplar: exterior circuito de más de medio kilómetro, tan grande como el del anfiteatro de Flavio; longitud, sin contar el pórtico, de 575 piés, y añadiendo éste, de 622; latitud en el crucero de 417 piés; anchura de la nave principal de 82; altura de la misma de 142; elevación desde el pavimento hasta la cruz sobre la cúpula de 426 piés. La esfera de bronce sobre la cual descansa esa cruz, aparece desde la plaza del obelisco de Calígula poco más que del tamaño regular de una humana cabeza; y sin embargo, su diámetro es de siete piés y medio, y dentro de ella (pues hasta allí se sube por prodigiosas escaleras entre los dos enormes muros de la doble cúpula concéntrica) caben diez y seis personas. El interior de esta basílica excede en magnitud á San Pablo de Lóndres más de 120 piés á lo largo, y mucho más todavía á las catedrales de Florencia, Milan y Bolonia, á San Pablo de Roma y Santa Sofía de Constantinopla, que son los mayores templos del mundo.

Miguel Angel, que con afan prolijo, como Rafael, Julio Romano y otros eminentes artistas, estudiaba noche y dia en el Pantheon de Agrippa y en las columnas de Trajano y Marco Aurelio, en la primera de las cuales hay como obra maestra de escultura en bajos relieves dos mil quinientas figuras de hombres, todas diferentes entre sí (ademas de una infinidad de trofeos, caballos é insignias militares), y evocaba en estos y en otros monumentos puros de la antigüedad el arte clásico romano, para trasladarlo á la Roma cristiana, cogió, por así decirlo, con su atrevido genio ese Pantheon, el mayor edificio cubierto que dejó el poderío de los romanos, y lo plantó allá en las alturas sobre el crucero de las naves de San Pedro, como alarde supremo de la inspiracion cristiana y triunfo señalado sobre el arte gentílico. Cúpula única de 132 pies de diámetro y 132 de altura, asentada sobre el nivel del suelo, ese es el Pantheon. Cúpula doble de 22 piés de espesor los muros, de 130 de diámetro y 155 de altura, sin contar la linterna y cruz, que en aquel no existen, esa es la fábrica portentosa de Miguel Angel, atrevida y gallardamente superpuesta sobre la no ménos portentosa fábrica del Bramante, desarrollada y ennoblecida por el genio y la emulacion de tantos otros ilustres artistas.

En aquella edad de grandeza y aquella córte de gigantes, en que Rafael dejaba enriquecida la Italia con sublimes creaciones, y orgullosa á Roma y la basílica santa con la Transfiguracion del Thabor, que muchos reputan el primer cuadro del mundo, y el Dominiquino legaba á la posteridad su famosa Comunion de San Jerónimo, que copiada, como la anterior, en mosaico, se admira en el mismo templo, Miguel Angel quiso, en tres nobles artes, que recíprocamente se complementan, dejar á Roma y al mundo tres portentosas obras maestras de su genio: en arquitectura, la cúpula de San Pedro, uno de cuyos pilares de sostenimiento ocupa tanto espacio como aquel en que el Bor-

romini erigió despues sobre el Quirinal la iglesia y convento de *San Carolo alle Quattro Fontane*; en pintura, el terrible é inimitable *Juicio final* de la capilla Sixtina del Vaticano; en escultura, el sublime Moisés de San Pedro *ad Vincula*, sobre la tumba del gran Julio II, la obra más eminente que de su género se reconoce en el arte moderno.

En fin, este primer templo del universo, con sus 748 columnas y 389 estatuas de mármoles y metales diversos, con sus 44 magníficos altares y sus 121 lámparas ardiendo continuamente, es la más brillante glorificación del catolicismo, que en este suelo pudiera imaginarse. Y cuando en la festividad de San Pedro y San Pablo, los ilustres huéspedes de Roma que trajeron á la ciudad de los Césares el soplo regenerador del Oriente, y en otras muy conatadas del año, aparece iluminado en su interior con las 60.000 luces de otros tantos cirios, que dibujan exactamente las líneas arquitectónicas de tan vasto recinto, y al exterior con las 4.400 linternas ó faroles y 784 antorchas que fantásticamente por la noche le decoran; henchido con los 96.000 concurrentes de todas las naciones que en los ámbitos de sus naves se apiñan; y animado con los ecos solemnes de los robustos coros de sonoras voces y las severas y armoniosas notas de poderosos órganos, que únicamente para tales días allí se llevan, combinados en la magnificencia de la sagrada liturgia, y en la profundidad de la más pura, valiente y religiosa música de los primeros compositores del orbe; es sin duda ante la humana fantasía una especie de reverberacion del cielo sobre la tierra.

En el monte Vaticano puede tambien decirse que, á semejanza de lo que sucede en el anfiteatro, se halla señalado con monumental grandeza el punto de contacto de la religion cristiana con la religion gentílica; y que allí mismo en donde se celebraron los engañosos oráculos del politeismo, y ardieron como *embreadas antorchas* los

héroes de santidad á impulsos del brutal despotismo de los más sañudos césares, allí por providencial designio se estableció y conserva la silla, un tiempo humilde, hoy gloriosa, del pescador sagrado, Pedro de Galilea, príncipe de los apóstoles, de los confesores y de los mártires.

V

Ante esos intereses sagrados de la humanidad entera, ¿qué son los movibles intereses de un partido popular agitado, que desconozca el propio bien de su patria privilegiada? ¿qué la ambicion de prestigio de una humana dinastía? ¿qué las necesidades políticas y transitorias de un monarca afortunado?... ¿Cómo se desconocerá la competencia legítima de las naciones en el sostenimiento del mayor poder moral que jamás ha existido, para que los demas poderes morales no sean juguete de la arbitrariedad y desastroso trofeo del reinado de la fuerza? ¿Cómo ha de disputarse á la cristiandad el palpitante interes, el derecho incuestionable de conservar independiente y libre lo que por tales títulos es suyo, lo que fundó y ha mantenido costosísimamente para que siempre lo fuera, su capital sagrada, su irreemplazable y augusto centro de unidad?..

Roma, religiosamente, no es de los hombres; es de Dios: humanamente, no es de los italianos, ni de los franceses, ni de los españoles, ni de los austro-húngaros, ni de los polacos; es de los católicos. Y ciertamente que en eso los italianos llevan la mejor y más provechosa parte; pues no tiene nacion del mundo la gloria y utilidad que ellos, en sus artes, ciencias, industrias, comercio, ferrocarriles, correos, telégrafos, y én sus rentas todas, con el advenimiento perenne de esa universal peregrinacion, que lleva á la *ciudad santa del espíritu* los hijos de todos los climas, al través de todos los mares.

No puede cambiar de asiento esa cátedra sublime, in-

mutable, á medida que unas razas decaigan y otras se vigoricen, como cierto ilustre orador indicó temer en una académica produccion reciente (1), y como acaso ambiciosos conquistadores en este mismo siglo, ántes de sus tremendas caidas, en sueños de humano orgullo, imaginaron. Ni Colonia, ni otra ciudad alguna pueden ser Roma, la egregia ciudad *de los Césares y del imperio del mundo*, la santa ciudad *de los mártires y de las catacumbas*. Lo que dicen la historia, la razon y la fé, es, como ya vimos, que la religion cristiana fué á Roma, no por ser ciudad latina, sino por ser ciudad universal. Y universal ha de mantenerse é independiente de las humanas soberanías, para llenar su destino. Al imperio *material del Orbe*, ejercido desde aquella metrópoli afamada, quiso Dios que sucediera el imperio *moral del Orbe*. La reina del gentilismo, opresora de la doctrina del cielo, habia de sentir, para ejemplo al mundo, palpitar y crecer y agigantarse entre sus ruinas esa doctrina celestial, redentora de las execraciones que se habian consumado bajo las voluptuosas bóvedas de sus regaladas termas, entre los espumosos cálices de sus espléndidos festines, en medio de las inmundas bacanales de sus jardines perfumados, entre el hirviente rumor de sus feroces espectáculos. Roma antigua significaba el triunfo de las pasiones y la fuerza sobre la haz de la tierra. Roma moderna, el del espíritu. A una ciudad universal, preparada por la naturaleza y la Providencia para serlo, sucedió otra ciudad universal. De aquella pudo decir San Pablo, natural de Tarso, desde Jerusalem y Cesaréa, como decian tantos otros en las entónces conocidas regiones, «*soy ciudadano Romano.*» De esta pueden decir, y dicen, doscientos millones de católicos desde todos los puntos del globo, «*somos ciudadanos Romanos.*» Y lo son por filiacion moral, por providencial designio, por derecho y

---

(1) Cánovas del Castillo. (*Discurso de apertura del Ateneo de Madrid, pronunciado en Noviembre de 1870.*)

tradicion histórica, y por el inmenso tributo, de inocente sangre por tres siglos vertida, y de incalculables riquezas y productos del genio por diez y seis siglos acumulados, con que la sostienen y la han reedificado y ennoblecido. ¿Quién, pues, tendrá derecho para arrancar á los católicos esa propiedad sagrada? ¿Qué potencia de la tierra podria dar la indemnizacion de semejante despojo?...

La residencia del Pontificado, mirada como cuestion de raza predominante sobre las otras razas del género humano, dejaria de tener su carácter elevado y ecuménico, para tomar un carácter local, restringido, pequeño. No seria la *luz del mundo*, aquella luz, que el más fuerte pudiera encerrar en su casa para dejar á oscuras la ajena. Ha de ser luz fija, puesta sobre las naciones en una cumbre sagrada, para alumbrarlas á todas. Si el mayor valer de una raza, por más poderosa y grande, atrajese hácia sí todo lo grande y vital que encierra el Catolicismo en el centro de su poder moral, entónces el temor, que en su elocuente discurso mostraba el escritor ántes citado, pudiera estar próximo á realizarse: la traslacion de la sede pontificia en medio de la raza germánica por la consumacion de sus triunfos sobre las naciones latinas. Pero si esa cuestion se mira desde un punto más alto, si ese centro del poder espiritual de la Iglesia se considera, como es, superior á todas las razas y director con su doctrina, que es la doctrina cristiana, de la conciencia de todas las generaciones, en todos los tiempos; ya ayer y hoy entre latinos (ó celtas) y teutones; ya mañana entre teutones y slavos; entónces se habrá de sostener que no puede el Papa dejar á Roma, que no puede extremecerse la Cátedra de San Pedro de su primitivo y secular asiento, sin que se extremezca y conturbe *la conciencia de las generaciones*. Trasladada definitivamente al nuevo imperio aleman la sede augusta del poder moral supremo del Catolicismo, los católicos, para proclamar su ortodoxia, no habrian de

llamarse ya apostólicos *romanos*, sino apostólicos *germanos* ó apostólicos *prusianos*, ¡rara novedad! ó simplemente *apostólicos*, á riesgo de confundirse con escuelas de no depurada adhesión á la esencial unidad de la Iglesia.

Y si por ventura, como acontece en humanas vicisitudes, esas heridas crueles, que en su corazón recibió la Francia, ese látigo iracundo que cruzó y afrenta su rostro, en vez de matarla de dolor, de estenuación y de vergüenza, la hicieren levantarse irritada algún día, después de pasajera caída, restañar la sangre, recobrar aliento, poner como Scévola su mano sobre el fuego para jurar venganza, y cambiar en futuras lides contra su arrogante vencedor la suerte de los combates, entónces se habría de pensar en llevar á Orleans, ó, como en principios del siglo, á Avignon, la pontificia sede; así como á Moscow ó á Constantinopla en la eventualidad posible de grandes victorias y predominio de la raza slava, ménos distante en religión de la ortodoxia católica, que la protestante Alemania. Y no sería ya esa veneranda cátedra el supremo poder moral ligado al cielo, sino el séquito terrenal de los poderosos.

Sabemos que otras veces la sede pontificia vióse arrancada de Roma y trasladada á Orvieto y Viterbo, en el mismo territorio del patrimonio de San Pedro; á Avignon, en la Provenza de Francia; á Gaeta, en las playas napolitanas; mas sabemos también que volvió en breve, como llamada á su centro por la fuerza natural de irresistible gravitación; é igualmente creemos que volvería, si por el proceder inconcebible de un Estado irruptor se insistiere en quitarle con pretextos vanos el pedestal de su asiento, indispensable condición de su dignidad é independencia, vulnerando todo sentimiento de justicia y toda idea de política prevision.

Lo que ha sucedido en la horrible guerra franco-alemana, acaso no es más que un episodio sangriento de las intestinas y frecuentes luchas de esta vieja y apretada Europa. Y si otra cosa fuere, será tal vez, como dijimos,

que sigue el tránsito á grandes jornadas de las generaciones y los pueblos sobre la tierra.

El catolicismo en tanto, expresion *del supremo sentimiento religioso*, segun los más profundos filósofos, ó, lo que es lo mismo, depositario *de la religion verdadera*, segun los creyentes ; superior siempre á ese movimiento, en vez de ser arrastrado y balanceado por él, como seria, si cada raza dominante lo atrajera y absorbiese, inspira y bendice desde su altura todas las virtudes, todas las noblezas, todas las generosas inclinaciones ; y anatematiza todas las injusticias, todas las depravaciones, todas las iniquidades : llama y alienta y purifica á la humanidad entera en sus diversas razas á su tránsito por el mundo, uniéndolas en un mismo espíritu de caridad y perfeccion ; *la perfeccion* ; como dice el Evangelio, *del Padre celestial*. Las hace, en fin, *una sola familia en la tierra con un solo padre en el cielo*.

A esta inmutable y esencial idea del catolicismo corresponde una residencia inmutable é independiente, de su centro de vida y accion, sobre el cual no ponga la mano ningun poder de la tierra para comprimir sus grandes latidos ; sino que, manteniéndose á la necesaria distancia de su material territorio, le dejen todos en la plenitud de sus augustas y permanentes funciones. Así, desde la muerte de los apóstoles, Roma cristiana, con sus *criptas* y *arcosoliums* de las catácumbas por tres siglos, tan admirable y exactamente descritos por el sabio Wiseman ; con su primitiva basilica más tarde en el mismo lugar de los augurios gentílicos, el monte Vaticano; y con su nueva y maravillosa basilica de Julio II y el Bramante, el primer templo y construccion del universo, soberbia y singular muestra del genio cristiano, vive con su sede invariable, ocupada sin interrupcion por diez y nueve siglos, entre el hervir de las humanas revoluciones y la transformacion de los caducos imperios.

VI

Los errores humanos, que en la humana conducta de algunos ministros ó pontífices consigne la historia de la Iglesia, confiamos que no serán á los ojos de lector alguno argumentos serios contra el valor que tengan las expuestas consideraciones. Confirmarán, por el contrario, la virtud superior de esa institucion divina, cuando á despecho de todo error del hombre se ha remontado á sus inmortales destinos.

Tampoco creemos necesario insistir en demostrar que la unidad itálica, que en la media y moderna edad jamás ha existido, no es título bastante para absorber á Roma, ciudad que por sí sola es en su predestinacion más grande que la Italia entera.

Ni demostraremos tampoco que los improvisados plebiscitos, á que precede una violenta ocupacion por las armas, y á que no han concurrido los pueblos católicos, dueños de su santa metrópoli, no son fuente de derecho ni legalidad : porque esto igualmente no ha menester demostración.

Ni, en fin, hemos de detenernos á probar la clara incompatibilidad, tan bien comprendida por Constantino, de dos soberanos en una ciudad misma, por más sutiles distinciones é imposibles seguridades que se consignent. La necesidad de un territorio y de puertos, que lo pongan en comunicacion con el orbe entero, es de evidencia incuestionable para la material y moral independenciam de ese apostolado sublime y permanente de la cátedra de *Pedro*.

Debemos llevar el ánimo á otras ménos innecesarias observaciones.

Roma, museo gigantesco de todos los vestigios del poder y el arte romano, sacro museo del sentimiento y el arte católico, no puede ser capital definitiva de un reino

profano. Su reducido vecindario de ciento noventa mil habitantes, como ya dijimos, poco creciente por el sacerdotal y cenobítico elemento que en él domina, pugnaria al punto por aumentarse, cuando ménos, hasta más allá de los seiscientos mil que cuenta Nápoles, ciudad también itálica; y ese indispensable cortejó sagrado del Pontífice soberano dejaría su lugar á una poblacion activa y agitada de numerosos funcionarios civiles, de industriales, mercaderes, proletarios, que reclamarían como primer indispensable artículo su vivienda ostentosa, ó económica y modesta. La córte pontificia, la capital del sacerdocio, la ciudad levítica, cada uno de cuyos templos, conventos, palacios papales, ó de príncipes, cardenales y embajadores, es un museo parcial del gran museo histórico y sagrado que toda ella compone, habria de ser sustituida por un conjunto de apiñados barrios, que dieran albergue á todas las clases y fortunas de la sociedad, en ese aluvion creciente, que acude cada dia á la atraccion de una corte profana, no como peregrino que de tránsito la visita, sino cual emprendedor ó aspirante que en ella se establece. Y sería esta la última devastacion á que podría sujetarse la víctima ilustre de la media edad. Su inmenso pavimento, formado por hacinados escombros de una vasta y poderosa civilizacion, depósito inagotable de incesantes estudios históricos, de científicas investigaciones, de continua inspiracion artística, no puede ser entregado á la mezquina cuadrícula parcelaria de un caserío de alquiler, condicion indispensable de la capital de un reino de creciente y activa poblacion.

Quien tenga algun sentido humano y algun sentido estético, áun sin llegar á inspirarse en el más elevado sentido religioso, se estremecerá con imaginar tan sólo que Roma, la ciudad artística, arqueológica y monumental, fuese entregada para hacer frias alineaciones, geométricas rasantes y zanjas y hoyos de árboles, con que ador-

nar los prolongados *boulevares* á la *prusiana* ó á la *parisienne*, que acabarían de destrozar impiamente, más que lo hicieron las irrupciones de los bárbaros y los sangui-narios bandos de la Edad Media, el colosal cadáver del poder romano, entregado por Dios, según ya dijimos, á la religion de los mártires, como premio de sus inmensos trabajos y sufrimientos, como trofeo inmortal de su sangriento y sublime triunfo ; y puesto bajo la sagrada custodia de los Pontífices para enseñanza al mundo en todos los siglos.

Y si por ventura, á impulsos de necesidades políticas y de recelos internacionales surgiera, como ya se ha anunciado, el proyecto de fortificar de nuevo á Roma ; dado el terrible alcance de los modernos instrumentos de destrucción, horroriza el pensar lo que sería en días de lucha de los tesoros monumentales, antiguos y modernos, que esmaltan con tan singular riqueza su incomparable recinto.

## VII

Roma, en fin, consagrada con tantos recuerdos de santos héroes como granos de antigua arena tiene su pavimento ;

Roma, residencia continua y legítima del Pontificado desde la aparición del cristianismo ;

Roma, reconstituida y conservada con los tesoros del mundo católico, que á la vez han enriquecido y enriquecen á Italia,

no pertenece á Italia, sino al mundo católico.

Roma histórica, Roma científica, Roma artística y monumental, importa tanto al italiano como al extranjero, á los príncipes como al vulgo, á la ciencia como á la devoción, á los sabios como á los artistas, y, pudiera añadirse, á la religion como á la incredulidad, si la incredulidad no es del todo ignorante y feroz. El apartar de Roma

las alas de la religion, que la protegieron por diez y nueve siglos, sólo puede interesar, á juicio nuestro, á la demencia ó al vandalismo; espíritu inquieto y destructor, que asiste á la vida salvaje, y envia su soplo exterminador en momentos de delirio á pasearse por en medio de las civilizaciones.

Si algun dia, que ojalá no esté lejano, se llega á la sensata restriccion de la ardiente utopia, á la restauracion urgente del comun sentido, y se logra su reconciliacion necesaria con el espíritu de la ciencia y del humano adelanto, al cual el sublime espíritu moral y religioso, gloria y sosten de la agitada humanidad, no mata ni detiene, sino al contrario; alienta, robustece, depura y consolida; entónces no surgirán tantos conflictos en la política, tantos ataques contra la verdad, tantos eclipses para la justicia, tantos obstáculos á la paz de los hombres y á la vida armónica y fecunda de las sociedades.

Hácia esa vida impulsa con el dulce y penetrante influjo de su caridad y grandeza esa alma religion divina, que bajó á hacer su nido santo entre las colosales y melancólicas ruinas de la *Ciudad Eterna*, de Roma la *universal*.

CÁRLOS MARIA PERIER.

---

## ISRAEL

---

Olvidadas ó adulteradas en el transcurso del tiempo y al través de las distancias las verdades paradisiacas; convertidas las religiones paganas en mezcla confusa de espiritismo y materialismo, caótico conjunto de fenómenos mágicos y mitologías extravagantes, basadas en una cronología inverosímil de semidioses descendientes del sol y de la luna; adorados el buey en Egipto y en India el elefante; vendido en Babilonia el pudor,

y enaltecida la prostitucion en Corinto; distraida Grecia con sus fiestas de Cérés, y Roma con sus saturnales; entregados hasta los sabios á los agüeros de Menfis, Delfos y Cumas, y de oriente á ocaso transformados en ídolos hasta los reptiles; ¿qué importaba que, á modo de protesta contra tales errores, las ciudades de *Adach* en Abisinia, *Aden* en la Arabia, *Adana* en el Asia Menor y *Hamadan* en Persia, conservaran grabado en el granito de sus muros el nombre de nuestro primer padre; los Montes Celestes ó *Thian-Chan* el del segundo hijo de Noé; y los países de *Sindhí* y *Sindiah* recordáran al primogénito de aquel gran patriarca? ¿De qué valia que, como confiesa un escritor panteista contemporáneo (1), salieran á veces de aquellas religiones algunos destellos de la unidad de Dios, de la inmortalidad del alma, de la justicia en la otra vida, de la caida del hombre ó del diluvio? ¿Ni á qué conducia que el fratricidio cometido por el fundador de Roma en la persona de Remo evocara el de Cain en la de Abel, y la trinidad del Dios de Abrahan, *padre* de muchas gentes, del de Isaac, *hijo* que ofreció su vida en holocausto, y del de Jacob, á quien el *Espíritu Santo* mostró en sueños la mística escala, se reflejara en Brahma, Vichnú y Sivah, trilogia creadora, conservadora y destructora, simbolizada en el loto, que participa de la tierra por la raíz, del sol por la flor y del agua por el tallo?

Separada la razon de la revelacion, busca al Dios de la verdad y halla al diablo del error, busca el origen de los seres y halla las tinieblas de la fábula. El mundo hubiera perecido víctima del vicio y la ignorancia. Convertido en confusa Babel ó disoluta Sodomá, su moral hubiera sido el crimen y el caos su progreso. Necesitábase que la Providencia, que no podia abandonar al que era su obra y semejanza á los extravíos de la razon, de suyo limitada, eligiera un varon, á manera de ángel custodio, y un pueblo, á modo de arca santa, encargados ambos de conservar en toda su pureza y de transmitir con toda fidelidad á las futuras generaciones el tesoro de las verdades reveladas.

Y fué elegido aquel varon, y formado aquel pueblo.

La idea de Dios fulguraba como en ninguna otra en la inteligencia del venerable patriarca, la fe en su corazon, y en su vo-

---

(1) E. Renan, *Vida de Jesus*, c. 1.

luntad la fuerza más incontrastable. Por no adorar los ídolos caldeos abandonó su familia y su patria, estableciéndose en Canaan; santificó al Omnipotente en Sichen, donde más adelante habia de mostrarse Jesús *en espíritu y en verdad* (1); edificó un altar entre Bethel, donde uno de sus nietos habia de ver en sueños la mística escala, y Hay, cerca de la cual habian de caer los muros de Jericó al estruendo de las trompetas redentoras; habitó en el valle de Mambre, junto á Hebron, corte de David y cuna del Precursor; mudó de nombre como su pueblo; y ofreció, por último, en sacrificio á su propio hijo en el mismo monte en que más adelante habia de ser sacrificado el Mesías. Por eso le dijo repetidamente el Señor, conforme con la promesa paradisiaca: — «Porque obedeciste á mi voz, multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, como las arenas del mar, y EN ELLA SERÁN BENDITAS TODAS LAS NACIONES DE LA TIERRA (2).»

Y así fué. Las setenta personas con que Jacob, nieto de Abraham, ocupó la tierra de Gessen en Egipto, son como el grano de mostaza destinado á sobrepujar al más alto cedro del Líbano, bajo cuya sombra habia de acogerse la humanidad en las tempestades del mundo. Aquel pueblo, reducido, pobre, ignorado, perseguido unas veces, otras cautivo de los egipcios, de los filisteos, de los caldeos ó de los romanos, camina en busca de la eterna sabiduría, viviendo en la teología, aspirando á una mansion de angélica ventura. Su Dios es el Dios de todos los hombres, único, verdadero. Su agua lustral santificará lo mismo al indígena que al extranjero (3); su Mesías salvará á todas las gentes, y hasta los gentiles, que no tengan noticia de El por los profetas, le conocerán por su gracia (4); á su culto serán admitidos cuantos lo deseen (5); y dia llegará en que por hacer un prosélito darán la vuelta á la tierra y al mar los fariseos (6). Sin otras armas que su fe, cifra en la desgracia su progreso y en el suplicio su apoteosis. Mientras los demas pueblos basan su existencia

---

(1) San Juan, IV, 5.

(2) Génesis, XXII, 17 y 18.

(3) Números, XIX, 10.

(4) Isaias, LII, 15.

(5) Esther, IX, 15.

(6) San Mateo, XXII, 15.

en la casta, él iguala al ciudadano y al creyente; mientras aquellos pierden con su nacionalidad su religion, él se inspira en el cautiverio para cantar su místico triunfo al través de las sombras de lo porvenir; mientras Caldea y Persia, Egipto é India, se entregan á los placeres del haren, él respira la pureza del amor conyugal, encarnada en Abrahan y Sara, Isaac y Rebeca y Jacob y Raquel; mientras el Oriente yace en la inaccion del sueño, él se agita, lucha, cambia de instituciones, muda de dinastías, conquista la tierra de promision, defiende su Arca santa, predica en la Sinagoga, discute en el Sanhedrin, reconstruye sus templos, reedifica sus ciudades, y en esta agitadísima vida pública, dirigido ora por sus caudillos, ora por sus jueces, ora por sus reyes, ora por sus pontífices, pasando de la república á la monarquía y de la monarquía á la república, alienta ese espíritu democrático, sin ejemplo en la antigüedad pagana, anunciado constantemente desde los profetas á los escribas..

Israel representa el embrion del cristianismo; ambos son como dos fases de una misma religion; el primero la figura, el segundo la realidad. Por eso dijo un dia Jesucristo: «Examinad las Escrituras, que ellas son las que dan testimonio de mí. Yo soy Aquel de quien escribió Moises. No he venido á derogar la ley, sino á completarla »

El lenguaje del judaismo es simbólico, cual correspondia á aquellas generaciones primitivas, tan apegadas á las cosas materiales, que sólo creen en lo que ven, prueba de que en ellas es muy débil aún el sentimiento idealista. Dia llegará en que, roto el velo de la Sinagoga, descubierto el misterio, se vea en Melchisedech, ofreciendo á Dios sacrificios de pan y vino, á los sacerdotes de la nueva alianza; en la circuncision el sacramento del bautismo; en Isaac llevando él mismo la leña para el holocausto, al Mártir del Calvario llevando Él mismo la cruz de su suplicio; en José dando de comer á sus hermanos, que le habian vendido, al Mesías ofreciendo el célico manjar á Judas, su discípulo, que le iba á vender; en Faraon mandando ahogar á todos los niños hebreos recién nacidos, salvándose milagrosamente el libertador de Israel; á Herodes mandando degollar á todos los niños de Belen y sus cercanías, menores de dos años, salvándose milagrosamente el nuevo libertador del mundo. Dia llegará en

que, al ver á los doce apóstoles de Jesus, se recordará que fueron doce las fuentes de Elin, doce los hombres que envió Moisés á explorar la tierra prometida, y doce las piedras que mandó levantar Josué en señal del paso del Jordan; los cuatro evangelistas evocarán en nuestra imaginacion los cuatro rios que salian del Eden; los cuarenta dias que ayunó Cristo en el desierto para prepararse á la santa predicacion, y los cuarenta que mediaron desde la Resurreccion á la Ascension, parecerá que significan los cuarenta del diluvio, que purificó la tierra; por último, los tres dias y tres noches que estuvo el Crucificado en el sepulcro, traerán á la memoria el mismo espacio de tiempo de Jonás en el vientre de la ballena y las tres grandes manifestaciones personales de Dios como Padre ó Creador, como Hijo ó Redentor y como Espíritu ó Revelador.

Israel es la fuente á donde van á beber su inspiracion los primeros sabios del mundo. De Palestina salen los destellos que de cuando en cuando iluminan las tinieblas de la antigüedad. Así Thales dijo que «Dios era ingénito, sin principio ni fin (1),» lo cual habia escrito Moisés ocho siglos ántes; el filósofo lacedemonio Quilon que «Júpiter humillaba á los soberbios y elevaba á los humildes (2),» copia de lo que con prioridad de quinientos años habia cantado David; y Pitágoras que «sólo Dios era sabio (3),» frase dicha por Salomon cuatrocientos años hacia.

En vano los enemigos del pueblo escogido le combaten y persiguen, porque, llegado el tiempo del cumplimiento de las profecías, surge triunfante la celestial Sion y ante la cruz se rinde el planeta.

Hoy ¡triste es decirlo! tambien se le combate en la ley antigua y nueva, en sus misterios y sacramentos, en sus profetas desde Moisés, en sus santos desde Jesucristo. La sociedad actual está atacada de estupidez, padece de idiotismo. No acudais á su corazon, porque está consumido por el fuego de la orgía, ni á su inteligencia, seca por el vendaval de la duda. No presentéis imágenes ante sus ojos, porque está ciega, ni con argumentos griteis

---

(1) Diógenes Laercio, *Vida de Thales*.

(2) Id., *Vida de Quilon*.

(3) Obras de Pitágoras.

á sus oídos, porque está sorda. Hoy no se persigue al pueblo de Dios con el cautiverio, ni con la destrucción de sus ciudades, con las hogueras de la plaza pública, con los potros de los calabozos, con las fieras de los circos, ni siquiera con los escarnios del racionalismo, sino con el desden de la indiferencia. Hablais al siglo XIX del hecho más insignificante de los libros sagrados, del fuego que consumió á Sodoma y Gomorra, y se rie como un insensato, sin inmutarse ante las ruinas de las crapulosas Pompeya y Herculano, sepultadas al principio de nuestra era bajo la ardiente lava del Vesubio; sin reflexionar que no hace mucho ha visto el lecho de llamas en que agonizaba Paris, entre los demagogos de la Commune y los soldados de la Germania; sin acordarse de las diez mil casas quemadas últimamente en Yeddo, capital del Japon, merced á un fuerte huracan que coincidió con el principio del incendio. Le hablais... pero ¿de qué hablar á quien ni áun sabe dedicar á la burla, que tan tristemente célebre hizo á Voltaire, la poca fe que le queda, sino que, como amargamente confiesa Balzac, la dedica á la calumnia?

Cuando á estas generaciones enervadas por el materialismo sucedan otras más vigorosas, purificadas en el Jordan de la fe; cuando llegue un día, que llegará, en que nuestros nietos se rian de la religiosa idiotéz de sus abuelos; entónces el mundo comprenderá misterios que hoy no tiene ojos para ver, ni oídos para oír, y, levantado sobre las ruinas de la impiedad, proclamará que el que nació bajo el triple patriarcadó de Abraham, Isaac y Jacob, el que escribió por mano de historiadores como Moisés, el que gimió por boca de poetás como Job, el que gobernó con reyes como Salomon, el que sucumbió con caudillos como los Macabeos y renació en el Gólgota bajo la redentora mirada de Cristo, no podia, ni puede ménos de ser un pueblo imperecedero, inmortal, como por el mismo Dios elegido.

Entre tanto no nos queda otro recurso que inundar de luz las tinieblas y combatir sin descanso la enfermedad, cuyos efectos tocamos tan de cerca. Esta civilizacion, á la vez tan grande y tan pequeña, nueva sacerdotisa del descreimiento, amenazada de la tísis de la lujuria y de la apoplejía de la gula, que apenas comprende el éxtasis de Espronceda, una de sus víctimas, escuchando el tratado *De los Angeles* de Santo Tomás; aseméjase

á una Mesalina; consumida por el virus de la corrupcion, para la cual, no bastando quizá los paliativos de los escritos y discursos, será preciso emplear remedios extremos. A no oponer pronta enmienda, yo vislumbro en lo porvenir una irrupcion extraña, destinada por Dios á castigar este divorcio de la tierra con el cielo, cauterizando por el hierro y el faego la gangrena que nos corroe. ¿Quién sabe si las catástrofes sufridas últimamente por Francia, la sangre de Sedan, las llamas de Paris, no han sido otra cosa que el prólogo de la obra de tan gran cataclismo?

ABDON DE PAZ.

---

## CARTAS Á UN OBRERO,

---

### CARTA SÉPTIMA

Apreciable Juan: Hemos visto que cuando naturalmente hay trabajo es un hecho, y cuando no le hay no puede ser un *derecho*, porque nadie tiene derecho á lo imposible. Tú me dirás tal vez: *Yo he visto promover obras públicas para dar trabajo*. Es cierto; y la objecion merece que nos detengamos un momento en ella.

Hay casos de escasez, de epidemia, de penuria, en que el hambre amenaza hacer muchas victimas, ó en que peligra el órden público. Entónces se promueve una obra para que los miserables no se mueran en la miseria ó maten, desesperados. Si la obra es útil, y el Estado ó la corporacion que la promueve tiene fondos ó puede proporcionárselos con un interes moderado, el trabajo está en condiciones económicas, es beneficioso, y la necesidad no ha hecho más que vencer el descuido, la inercia, ó, como tantas veces sucede, inspirar un pensamiento que sin ella no hubiera ocurrido.

Si la obra no es útil, ó no lo es tanto que pueda compensar los sacrificios pecuniarios indispensables para llevarla á cabo; si tal vez los fondos que se emplean se han tomado á un subido interes, que saldrá del presupuesto del Estado, entónces se da limosna, se evita un motin ó una rebelion; es cuestion de benefi-

ciencia ó de órden público; las medidas que se adopten deberán juzgarse bajo este punto de vista, y no son ya de la competencia de la economía política.

Aunque sea muy de paso, he de hacerte notar la mucha prudencia que se necesita para que el Estado ó las corporaciones den limosna en forma de trabajo sin graves perjuicios, que vienen á recaer principalmente en aquellos mismos que la reciben: ejemplo.

El Ayuntamiento de Madrid se cree en la necesidad de dar trabajo á miles de hombres, y no tiene preparada ninguna obra beneficiosa en que pueda ocupar tantos brazos. No se hace casi nada, y el trabajador adquiere hábitos de holganza. Corre la voz de que se gana un jornal por dar perezosamente algunos pasos, y mover de vez en cuando un azadon, ó llevar una espuerta entre cigarro y cigarro; no es para desperdiciar la ganga, y acuden á ella aún los que no se hallan necesitados. El número va creciendo; se empieza por disminuir el jornal; aún así hay imposibilidad de pagarlo; se toman precauciones; la fuerza armada interviene, y se empieza á despedir á los trabajadores. Para sostenerlos hubo que tomar dinero á un rédito muy alto, que han de pagar los contribuyentes; y como el pobre lo es, resulta perjudicado con la medida aparentemente beneficiosa:

1.º Porque ha adquirido hábitos de holganza, que á él perjudican más que á nadie.

2.º Porque han venido á hacerle competencia personas que no se la hubieran hecho en condiciones normales.

3.º Porque ese dinero con que se le paga devenga un rédito enorme, de que satisfará una gran parte en esta ó en la otra forma, pero que pesará sobre él, porque el Ayuntamiento, en último resultado, no tiene más recursos que los que saca de los contribuyentes.

La limosna en forma de trabajo pueden darla los particulares con buen éxito, pero dada por el Estado y las corporaciones, tiene grandes inconvenientes. No se puede condenar en absoluto, porque hay casos en que la cuestion de humanidad y órden público lo domina todo; pero conviene que comprendas que has de pagar al cabo tú mismo, y con réditos, ese jornal que á tu parecer te se regala.

Hagámonos cargo ahora de las principales causas de la falta de trabajo, y de este estudio resultará la inutilidad, más, el perjuicio, de recurrir á medidas violentas, que le disminuyen en vez de aumentarle.

Una de las causas de la falta de trabajo puede ser el excesivo número de trabajadores, ya con relacion al capital disponible, ya respecto á la obra que ha de ejecutarse y tiene un límite. Ahora, por ejemplo, las carreras de medicina y leyes se hacen en dos ó tres años; salen millaradas de abogados y médicos; y como ni los pleitos ni los enfermos aumentan, resulta que es materialmente imposible que tengan ocupacion: aquí la falta de trabajo es falta de qué hacer; y el remedio, que de ello se convenzan los que á ellas se dedican: algun otro más pronto y eficaz podria indicarse, pero esta indicacion nos sacaria de nuestro asunto.

La acumulacion que hay en algunas carreras, por la facilidad de concluir las ó por las ventajas que ofrecen, puede suceder en todas y en todos los oficios, por exceso de poblacion. Aunque no sea yo de los que toman los cálculos de Malthus como un artículo de fe, y crea que el exceso de poblacion es un monstruo siempre pronto á devorar la prosperidad pública, no puede negarse que en momentos y países dados crece más que la posibilidad de darle trabajo, por mucho que prospere la industria y el comercio y abunden los capitales. ¿Qué hacer? ¿Trasladar el sobrante de poblacion á otros países en que falte, como ha hecho Inglaterra? Es como establecer bombas á la orilla del mar, con la pretension de que baje su nivel. Cuando el exceso de poblacion llega á ser un grave mal, no se ve para él otro remedio que la continencia, la moralidad, la dignidad, la razon del hombre, en fin, y su conciencia, que no le permiten formar una nueva familia hasta que tiene medios de sostenerla. Esta es una de tantas veces en que la economía política necesita recurrir á la moral para resolver sus problemas.

Un hombre de primer órden, Montesquieu, ha dicho que los mendigos no se apuraban por tener hijos en gran número, porque los dedicaban á su propio oficio. En esta clase desdichada, el mal alcanza sus mayores proporciones, que van disminuyendo á medida que el hombre se moraliza, y que el sér racional se sobrepone al bruto. Levantar el nivel de la instruccion y de la morali-

dad del pueblo, es hacer cuanto hacerse puede para que la poblacion no exceda á los medios de subsistencia. Ese recurso, dirás tal vez, es muy lento, dado que sea eficaz: así es, por una desgracia inevitable; *inevitable* te digo, Juan, porque no hay remedios *breves* para males *largos*.

La falta de trabajo puede provenir tambien, y es en general el caso de nuestra España, no de que no haya qué hacer, ni que sobre poblacion, sino de que falte capital, ya porque escasea, ya porque se dedica á especulaciones que no proporcionan trabajo, ó á gastos que alimentan el trabajo de otros países.

En España faltan en general caminos, canales y puertos; faltan industrias; faltan edificios apropiados para prisiones, hospitales y asilos benéficos; faltan casas para pobres; falta que explotar nuestro rico suelo, que con trabajo inteligente produciria mucho más y mucho mejor. Cuando se habla de hacer algo de todo esto, suele responderse: no hay dinero, no hay capitales.

Mucho tiene de verdad la respuesta: en un país en que se pierde tanto tiempo, no puede haber mucho dinero; ni grandes ahorros donde hay desórden en la administracion pública y despilfarro en los gastos particulares. Para estar en lo cierto hay que partir del hecho de que España, con un suelo rico, es un país pobre, comparado con Inglaterra, Francia, Bélgica, etc., etc. Pero ademas de que escasean los capitales, se da á muchos una direccion que no proporciona trabajo. El Estado está siempre falto de recursos y de crédito, y toma prestado á un interes crecidísimo; de modo que la especulacion más lucrativa es darle dinero á rédito. ¿Cómo han de ir los capitales á levantar fábricas, á fecundar nuestro suelo, si empleados en papel ganan un 12 por 100, sin inteligencia y sin trabajo, y mucho más tomando parte en empréstitos? La deuda pública aumenta, y con ella los que viven de la renta del papel y del *agio*, que se reduce á comprar barato y vender caro, sin haber añadido nada al valor verdadero, al valor útil de la cosa comprada.

Los propietarios, por despilfarro en sus gastos, descuido, completo abandono ó falta de inteligencia en la administracion de sus bienes, se ven en la necesidad de tomar dinero sobre ellos, y dan un subido interes, que es todavía mucho mayor para los que no pueden ofrecer hipoteca ó no la ofrecen inmueble. El atractivo de

una gran ganancia sin necesidad de emplear trabajo ni inteligencia, lleva los capitales, como ves, á comprar papel del Estado, á prestarle, ó á prestar á los particulares, sumas que no emplean en gastos reproductivos generalmente, sino en superfluidades ó en vicios.

Para el Estado, para los particulares, para todo el mundo, el préstamo, cuando no se dedica á una especulacion beneficosa, á mejorar fincas, á gastos reproductivos, en fin; el préstamo, cuando se consume, cuando se come, es la ruina del que toma prestado: tal es el caso de miles y miles de personas pobres y ricas, grandes y pequeñas, en nuestra patria, y una de las causas más poderosas de empobrecimiento y de que no haya trabajo. Todos los países, se dirá, tienen deuda y papel y gentes que lo compran y viven de su renta. Es cierto; pero en los pueblos prósperos es menor la deuda pública relativamente á la riqueza; es mayor el crédito; se paga en consecuencia un interes más reducido, y los capitales no se agolpan á la Bolsa, á la usura, al agio, en tan grande escala, dejando languidecer la agricultura, la industria y el comercio, donde hallan mayores beneficios.

Hemos hablado de usura, de ese cáncer que nos está corroyendo, y conviene definirla. Entiendo por usura *un interes excesivo del capital, que no guarda proporcion con el trabajo y la inteligencia que emplea el que le cobra, ni con el riesgo que corre, ni con el rédito que se saca de los capitales empleados en empresas beneficosas*. Si la definicion es exacta, ¡qué de usureros en nuestra patria! Aquí, Juan, la economía política vuelve á encontrarse con la moral: si sus leyes se respetasen más, no habria tantos despilfarradores y viciosos que pagasen réditos usurarios, ni para cobrarlos habria tantos hombres sin conciencia.

Pero es necesario ser justos y comprender las dificultades que entre nosotros ofrecen las empresas verdaderamente beneficosas para el país y que proporcionan trabajo. Hay que luchar con las preocupaciones de la comarca; con la mala voluntad de los que se creen perjudicados; con la poca inteligencia de los operarios; con sus hábitos de holganza; con la falta ó carestía de instrumentos ó ingredientes auxiliares que pagan fuertes derechos; con el mal estado de las comunicaciones; con la poca seguridad que hay para las propiedades y para las personas; con lo abrumador de

los impuestos, y de algun tiempo á esta parte, con la hostilidad de los óperarios, que puede quedar latente, traducirse en huelga, ó ir más allá.

Ahora dime tú, dígame cualquiera persona de razon y sinceridad, si con tantos obstáculos para realizar un beneficio por una parte, y tantas facilidades por otra, no es natural que la balanza se incline del lado del egoismo, y que los capitales corran á la ganancia fácil, y más cuando *todos lo hacen*. Los males muy generalizados son más de deplorar, pero son ménos imputables á los individuos, porque revelan una especie de complicidad en las cosas, que, si no los justifica, disminuye no obstante la culpa de cada uno en esa especie de torbellino en que van envueltos todos. Las cosas malas, malas son siempre; pero la maldad de los que las llevan á cabo varía mucho con las circunstancias: condenemos la mala accion, pero ántes de aborrecer ó despreciar al hombre que de ella es responsable, preguntémos: *En su lugar, ¿hubiera sido yo mejor?* Si no exigiéramos de los otros más bien que el que somos capaces de hacer, se evitarian muchos odios y muchos rencores que, haciendo daño al que los inspira, hacen todavía más al que los siente.

Yo te aseguro que me inspira una especie de gratitud y de admiracion cualquiera persona que plantea una industria, mejora un cultivo, construye una fábrica ó un barco, y, alejándose de las ganancias fáciles para él, estériles ó perjudiciales para la sociedad, va á buscarlas entre luchas y dificultades sin cuento, y da trabajo al obrero, y beneficios á su país. Mucho hacen por él los que no desertan de un campo donde se lucha en condiciones tan desventajosas.

Hay otras muchas causas que explican la falta de trabajo; tales son:

La ignorancia de los que podrian darlo y no mejoran su propiedad ó no plantean una industria por ignorar las ventajas que puede reportarles.

Ciertos hábitos de avaricia sórdida, que halla su mayor complacencia en contemplar el tesoro guardado.

La desconfianza.

La falta de espíritu de asociacion, que da por resultado un gran capital con los pequeños ahorros de numerosos asociados.

El descrédito en que las asociaciones han caído.

La falta de probidad, que justifica el retraimiento de los que ven un estafador en casi todo el que les propone una especulación.

Las preocupaciones, que aunque van desapareciendo, influyen todavía para que cierta clase de personas rehusen dedicarse á empresas que proporcionarían trabajo.

Ya ves, Juan, si estos obstáculos, y otros análogos que omito, pueden hacerse desaparecer á tiros ó dando decretos, y haciendo leyes ú organizando huelgas, y si, arraigados como están, es obra de un día ni de un año el arrancarlos. Para esto se necesita que varíen las condiciones económicas del país; que la seguridad y la moralidad crezcan, y también que varíen los hábitos y las ideas. ¿Deduciremos de aquí que no debe intentarse nada para salir del triste estado en que nos hallamos? No ciertamente. Hay que trabajar mucho, luchar incesantemente, pero sin desalentarse si el triunfo no es inmediato y completo, porque no pueden vencerse en poco tiempo obstáculos que han necesitado mucho para acumularse.

Tú habrás oído hablar de *organización del trabajo*: es la piedra filosofal de los alquimistas sociales. Cómo se ha de organizar en el sentido que ellos lo intentan, es decir, de modo que ponga fin á la miseria y á la injusticia, ninguno lo ha dicho, porque no se puede llamar organización á los sueños socialistas ni á los delirios de Fourier.

Cuando no hay trabajo, nadie puede tener derecho á él, como te he dicho; cuando le hay, es un hecho; y en cuanto á su organización, á esa fórmula superior que ninguno ha dado, puede afirmarse que ninguno la dará. La organización del trabajo, como la del Municipio, del Estado, de la escuela, del taller y del ejército, puede acercarse á la perfección, pero no puede ser perfecta, porque no lo son los hombres que en ella intervienen.

Yo he sido joven también; yo he sido soberbia, y me he rebelado contra la necesidad del dolor, y he seguido á los que buscaban fórmulas superiores de organización social, y aún las he buscado por mi cuenta. Yo he protestado alto, muy alto, en mi corazón y en mi conciencia, contra todo lo existente, y he querido una renovación completa, absoluta. Los innovadores más atrevidos no me parecían imprudentes, ni los soñadores más delirantes,

insensatos. ¡ Juzgaba tan cuerdo y razonable á todo el que me decia: *los hombres van á dejar de ser desdichados!* La pasion del bien me arrastraba; pero al estrellarme contra la realidad sentia el golpe; y recibí tantos, que se templó mi alma, y tuve bastante fuerza para no cerrar los ojos á la luz que los heria dolorosamente: entónces vi una cosa muy sencilla; vi que toda institucion humana ha de ser imperfecta, como el hombre, y que toda imperfeccion ha de producir dolor. Acepté, pues, el dolor como una cosa inevitable; comprendí que disminuirle es nuestra obra, y perfeccionarnos nuestro medio, nuestro único medio; que toda mejora social tiene que ser lenta, como el perfeccionamiento del hombre, y que esas fórmulas superiores para curar en un dia, en una hora, las llagas sociales, eran delirios de la soberbia y sueños del buen deseo. Los que adquirimos este convencimiento, debemos resignarnos á representar un modesto papel, y á que nos traten muy de alto á bajo los apóstoles de las reformas radicales é instantáneas. Tú podrás notar que, si nos conceden buena voluntad, nos miran con desdeñosa compasion, como á pobres gentes sin elevacion en las ideas ni energía en el carácter, esclavos de la rutina é incapaces de elevarse á altas concepciones científicas. En cuanto á mí, nada importa; estoy resignada hace tiempo á ser una operaria humilde de la obra social: pero á tí es fácil que te fascine esa altivez, y que midas la ciencia por el orgullo, y más cuando las promesas que te hacen halagan tu deseo.

Debemos distinguir, no obstante, entre el *derecho* al trabajo y la *organizacion* del trabajo. El primero es un imposible; la segunda lo es tambien si se cree hallar con ella un remedio á todo género de miserias é injusticias sociales, que tienen su origen en la imperfeccion del sistema económico actual; pero en cierto sentido es un hecho. Desde que se ha empezado á trabajar, ha empezado á *organizarse* el trabajo, y esta organizacion se perfecciona á medida que se ilustra y se moraliza la sociedad. Del trabajo del esclavo, del siervo ó de los gremios, al trabajo libre, hay un inmenso progreso; pero de esto no hemos de hablar por incidencia, sino largamente y otro dia.

CONCEPCION ARENAL.



## SECCION HISTÓRICA

### DOCUMENTOS HISTÓRICOS

#### SOBRE EL PRINCIPIO Y EL FIN DE LA COMMUNE

por el presbítero M. Lamazou, vicario de la Magdalena (1)

#### LA PREFECTURA DE POLICIA Y LA PRISION DE MAZÁS.

En la mañana del sábado escribí una razonada carta al juez de instruccion Mr. Moiré, pidiéndole ser oído en aquel mismo día: recibí por respuesta á las tres y media de la tarde la órden de ser conducido á la prision de Mazás. Ninguna ilusion restábame ya: los que solicitaban el procedimiento jurídico debian aguardar seguramente que sin proceso alguno serian fusilados. Cierto que el respeto á las formas judiciales habria sido triste consuelo para ellos al caer sin vida á impulso de las balas de sus asesinos, pero débese, no obstante, consignar que ese sistema sumario de condenacion ni los mismos caníbales lo conocen.

Entre los que fuimos conducidos á Mazás venian otros eclesiásticos, y entre ellos Mr. Lorenzo Amodrú, vicario de Nuestra Señora de las Victorias, y Mr. de Marsy, vicario de San Vicente de Paul. Llegáronse á mí ambos, y sus cariñosas demostraciones dulcificaron en parte la sombría perspectiva de la cárcel á donde nos dirigíamos. Era Mr. de Marsy persona de expansivo carácter, y su afable cordialidad producíanos mucho bien por su moral influencia. Voluntariamente, nunca me habria separado de monsieur Amodrú. En la Roquette ha sido mi vecino, y su ejemplo edificante, todavia más que los importantes servicios religiosos que prestó en esa infernal morada, contribuyeron sobremanera á mantenerme á la altura de las más dolorosas pruebas: por lo mismo me complazco en darle aqui un público testimonio de mi profundo reconocimiento.

A las cinco y media llegamos á Mazás, conducidos en uno de esos vehiculos de presos, cuyo solo aspecto causa horror y repugnancia: cerca de dos horas nos tuvieron encerrados en una especie de incómoda jaula, que hacia envidiar las que tienen las fieras en el Jardín de Plantas. A pesar de estar separados unos de otros, podiamos dirigirnos algunas palabras. Un joven guardia nacional,

(1) Véanse los números anteriores.

que se habia negado á entrar al servicio de la Commune, decia: «¡Qué indignidad! ¡Encerrarnos aquí como ladrones!» «Calmaos, repuso con clara y simpática voz un anciano; en los tiempos que andamos, los hombres honrados se llevan á la cárcel y se da suelta á los ladrones.» Es de advertir que no solamente los hombres eran objeto de tales violencias y arbitrariedades. El domicilio de una de las más distinguidas y caritativas damas de la alta sociedad de Paris, la señora condesa de Barral, cuyo único apoyo eran sus virtudes y un hijo de poca edad, fué invadido por una turba de asesinos que á todo trance pretendian les entregara «los ciudadanos de la familia de Orleans,» que ellos imaginaban hallarse allí ocultos. Impidió que realizaran sus amenazas de devastacion y aprisionamiento la energía extraordinaria de esta señora; mas á pesar de todo pusieron una fuerte guardia al rededor de su casa, con lo cual introdujeron el espanto en el boulevard Haussmann; y sólo pudo refugiarse con su hijo en Versalles por la hábil estratagema de un funcionario de la legacion del Brasil, con que fué burlada la vigilancia de estos bandidos.

Sirve tambien para dar idea de la tranquilidad y libertad que proporcionaba la Commune á los desgraciados habitantes de Paris, el siguiente decreto del Comité de salud pública, de fecha del 24 Floreal, año 79:

«Todo ciudadano está obligado á proveerse de una cédula de identidad personal, que ha de contener su nombre, apellido, edad, profesion y domicilio...»

«Todo ciudadano que carezca de esta cédula será arrestado...»

«Cualquiera guardia nacional podrá exigir la exhibicion de esta cédula de identidad (1).»

Estenuado ya de fatiga, ni podia sentarme, ni acostarme, ni leer en esta maldita jaula. Se comprende que tan rigurosas precauciones se adopten con los discipulos de Cartouche, Troppmann y Dumolard; mas respecto de nosotros, no comprendo qué grave peligro social podia temerse con encerrarnos en una estancia en que hubiera un banco. Supe despues que iguales preliminares habia sufrido monseñor el arzobispo de Paris, los cuales le habian puesto casi en laagonía.

Hallábame muy exacerbado, y podia disimular poco mi descontento, cuando llegó el turno de tomar mi filiacion en el registro; y empezaba á observar tambien que la paciencia y la dulzura no servian con la mayor parte de los emisarios de la Commune sino para agravar los daños, así como una protesta enérgica, oportunamente hecha, solia proporcionar algun alivio. Preguntóme, pues, mi nombre el oficial encargado de la filiacion:

---

(1) Al mismo tiempo que esto sucedia, y como si Paris estuviera hecho un paraíso de paz y seguridad, la Commune hacia que se insertara en el *Diario Oficial* de 12 de Mayo lo siguiente:

«Está visto que España merece la reputacion de que goza. Ha llegado allí la inseguridad personal á tal extremo, que para andar por pueblos, aldeas y calles, y defenderse contra la multitud de asesinos que continuamente amenazan la vida de los ciudadanos, será preciso en adelante llevar una ametalladora cargada en el bolsillo.»

En ese dia la Commune olvidaba la comparacion biblica de la *viga* delante de nuestros ojos y la *paja* en los ajenos.

«El presbítero Lamazou, vicario de la Magdalena,» le contestó. Y contra mi costumbre, pronuncié muy alto este título, que irritaba á unos y edificaba á otros, pero á todos probaba que no podía pertenecer á la clase de los delincuentes de hurto calificado, de salteamiento, ó de asesinato, para quienes estaba destinada la prision de Mazás.

Luego que pasé al interior de este edificio, indicáronme una puerta, que juzgué seria la de mi encierro particular; pero muy al contrario: era una sala de baños. Se comprende que al entrar en la cárcel los vagos y delincuentes de otra clase, no siempre modelo de higiene y limpieza, se les haga tomar un baño. Compréndese tambien que respecto de un malhechor peligroso se acuda á este medio expedito de averiguar si oculta en sus vestidos arma ó papel que pueda comprometerlo. Mas cuando á mí me mandó el carcelero desnudarme para tomar un baño, al pronto me quedé cortado: y luego, la vista de la sucia pila y del trapo humeante, que acababa de limpiar acaso el cuerpo de algun in-mundo pilluelo de las afueras, hizo que renaciérase toda mi energía.

—No quiero bañarme, contesté.

—Lo exige el reglamento, y es preciso.

—De una vez para siempre os declaro que, aunque hayan de fusilarme, no me bañaré.

—En hora buena, contestó el carcelero con el más amistoso tono; yo haria lo mismo en vuestro lugar. Me disgusta cuanto aquí pasa de algun tiempo á esta parte; mas como el director de la prision es acérrimo partidario de la Commune, si llegara á conocer vuestra resistencia, temo que os habia de sujetar á extremados rigores; y voy, para evitarlo, á cerrar la puerta por unos momentos, á fin de que piense que os habeis bañado.

Dile fervientes gracias por tan señalado favor.

En Mazás y en la Roquette habian quedado algunos guardianes de la administracion pasada, los cuales, no sólo nos tributaron afectuosas atenciones, sino que ademas nos prestaron grandes servicios. De todas las demostraciones de simpatía que despues de recobrar mi libertad he recibido, ningunas han sido más gratas á mi corazon que las visitas y cartas de mis carceleros de Mazás y la Roquette. Uno de los que han venido á visitarme, es cabalmente el de la sala de baños de Mazás.

En medio de los bandidos de la Commune que deshonraban la especie humana, habia, pues, gentes del pueblo que con su conciencia, su valor y su dignidad moral la rehabilitaban.

Poco faltaba ya para la hora de acostarme, pero todavía mis tribulaciones no se habian acabado. El aposento en que fuí encerrado parecióme muy sospechoso de insalubridad: era por demas húmedo; y como al prenderme tenia los bronquios irritados, me creí en peligro de sufrir una fluxion al pecho, pues me hallaba en el piso bajo, enfrente de la entrada al interior de la prision. Tambien sabia que ésta podía ser invadida por el populacho, y darse allí una segunda edicion de las jornadas de Se-

tiembre, en cuyo caso era yo de los más expuestos. Y por último, y esto era lo más cruel, habia caido en poder de un guardian de los de la Commune, que á pesar de verme extenuado y sin haber comido nada en todo el dia, no tuvo otra prueba de solicitud para mí que la de registrarme vestidos, libros y hasta el portamonedas. Pedí á la mañana siguiente que viniera un médico de la casa; y por fortuna hallábase de guardia ese dia el doctor Beauvais, á quien conocí en la Magdalena. Como me vigilaban agentes de la Commune, le hablé cual si nunca le hubiera visto: hice presente los tratamientos insufribles, de que habia sido objeto, el mal estado de mi salud y la imposibilidad física de permanecer en aquel sitio; añadí, en fin, que tan sólo queria informarle de mi situacion, pero no solicitar favor alguno. Respondióme el doctor que á causa del estado de mi salud me correspondia cambiar de aposento, y mandó que se me trasladara á otro del piso principal.

La viveza de mi expresion de tal suerte habia conmovido al enfermero y á M. Marchand, jóven farmacéutico de la cárcel, que vinieron al momento á declararme sus simpatías y ofrecerme sus servicios. Era mi nuevo guardian excelente persona, y gracias á él, logré, á pesar del severo régimen carcelario, tener noticias de monseñor Darboy y monseñor Surat, del señor Deguerry y del señor Bayle, vicario general de Paris, todos los cuales se hallaban cerca de mi encierro. A la vez supe que en la prision Mazás se hallaban tambien muchos hermanos de las escuelas cristianas. ¡Así agradecia la Commune la abnegacion heroica que durante el sitio de Paris habian demostrado, recogiendo los heridos bajo el fuego de los prusianos, y los no ménos sublimes servicios que seguian prodigando á los mismos insurrectos, que á cada paso llegaban á sus ambulancias ó enfermerías!

---

No he podido hasta aquí dar idea de las penalidades sufridas por los individuos del clero y demas rehenes de la Commune, sino refiriendo las mias; pero debo añadir ahora que la mayor parte habian sido presos siete semanas ántes, y yo lo estaba tan sólo cuatro dias.

El domingo lo habríamos pasado ménos mal relativamente, si no se nos hubiera privado del consuelo de celebrar misa, y hasta de oirla. Los teólogos de la Commune habian desterrado terminantemente de las prisiones, hospitales y escuelas todo ejercicio y representacion de culto religioso. Se quitaba á los desgraciados, con refinamiento de crueldad, el único bálsamo de consuelo para sus dolores. El director y empleados que la Commune habia nombrado para Mazás, establecieron su cuartel general en la capilla, que estaba en el centro de la prision; y desde su mismo altar nos vigilaban severos y amenazantes. ¡Comprendíase fácilmente toda la importancia y significacion de aquel cambio, al verlos instalados en el lugar sagrado del Dios de misericordia y paz, que

tiene sus complacencias en perdonar á los culpados y bendecir á los afligidos!

Por el toque general de rebato comprendí el lúnes por la mañana que las tropas de Versalles debían de haber entrado en París. Mis guardianes y el jóven farmacéutico confirmaron la noticia: «Animo, ánimo, exclamaban; que acaso dentro de breves horas, ó mañana lo más tarde, recobrareis la libertad.» Dirigí entónces á Dios fervorosa accion de gracias, y reputándole el día venturoso de mi libertad y la de todos mis compañeros de cautiverio, saludé con efusion los primeros albores del mártés.



## CRÓNICA Y VARIEDADES

**Últimos instantes de Napoleon III.** He aquí el resúmen que hace un ilustrado periódico de esta corte de lo sucedido en la muerte de Napoleon III:

«Sigue la prensa europea consagrandó extensas columnas á la muerte de Napoleon, cuyos últimos momentos y la biografía y juicio histórico de una de las existencias más extraordinarias del presente siglo, ocupan la mitad del colosal Times. En Inglaterra y Alemania se nota más benévola compasion que en Francia. En Austria una gran simpatía, y la Italia no puede olvidar lo que por ella hizo á costa del porvenir mismo del imperio. Algunos diarios de Europa han vestido luto.

»Parece indudable ya que, aparte los decretos de la Divina Providencia, la causa principal de la catástrofe ha consistido en lo tarde que se ha realizado la trituracion de la piedra, cuyos cálculos tenían la dureza y rigidez del cristal, produciendo la inflamacion y la fiebre. En primeros de julio de 1870, quince dias ántes de la guerra, encontrándose Napoleon muy molestado, tuvo una larga consulta con los principales facultativos de Francia, en la cual Nelaton y Riccord dijeron que aparte de otros padecimientos, el emperador tenía el mal de piedra. Si entónces se hubiese realizado la operacion, como el enfermo no habria sufrido la triste postracion que en él han causado los sufrimientos físicos de la campaña, y sobre todo los dolores morales de su alma, es probable que habria tenido otro resultado, y de todas suertes, muriendo en el trono y en medio de los esplendores del imperio, su suerte y la de la Francia habrian sido bien diversas.

»Nuestros lectores conocen ya las fases todas por que pasó la operacion, cuyos dolores la segunda vez fueron tan grandes, que hubo que doblar la dosis de narcótico que el emperador tomaba todos los dias, y merced á lo cual entró en un gran estado de somnolencia que los médicos tomaron por mejoría, y que era en el fondo un sintoma fatal. La noche que precedió á la catástrofe, la emperatriz se pasó en la habitacion del enfermo, que era una sala regular en el primer piso de Campden-Housse, inmediata á la escalera y dando sobre el verde parque, lleno de magníficos árboles y de baños que rodean la morada. Al lado de la ligera cama

de acero del emperador estaba un sofá-diván, donde descansaba breves instantes la emperatriz, única que tenía el temor de una desgracia.

»Cuando los facultativos, que, según decíamos ayer, debían reunirse á las doce para proceder á la tercera trituración de los cálculos, se apercibieron á las diez de la profunda debilidad del enfermo, y no pudieron ocultar á la augusta dama el terrible anuncio de su próxima muerte, más rápida aún de lo que creían, la emperatriz, en medio de una emoción que crecía por momentos, pero con esa fuerza de voluntad admirable de que dió pruebas cuando el atentado de Orsini en la Grande Opera, y ante la revolución y catástrofe del 4 de setiembre, mandó á buscar al abate Goddard, cura del pueblo que está á cien metros de Campden-Housse, en la falda de aquella pintoresca colina, mientras uno de los ayudantes del emperador puso en la estación del ferro-caril, que pasa á medio kilómetro de la estancia imperial, un telégrama al príncipe imperial, que el día ántes había regresado á Woolwich, donde sigue los cursos de la Academia, llevando el uniforme de artillería.

»Cumplidas estas órdenes, dice una carta de Lóndres, la emperatriz se aproximó al lecho de Napoleon y le besó muchas veces. El enfermo la reconoció evidentemente, porque hizo un movimiento y avanzó los labios para devolverle su beso. El abate Goddard entró en el mismo instante y administró al emperador los últimos sacramentos en presencia de la emperatriz, que, arrodillada y rodeada de Mad. Le-Boston, duque de Bassano, conde de Clary, de Piétri y de otros dos fieles servidores, no podía sofocar sus sollozos. Terminada la ceremonia religiosa, la emperatriz besó de nuevo á su esposo. Pero Napoleon estaba tan débil ya, que apenas pudo abrir sus ojos. Algunos instantes despues, á las diez y cuarenta y cinco minutos, el emperador sentía un ligero estremecimiento, lanzaba dos suspiros y espiraba.

»La emperatriz arroja un grito de dolor y cae en un síncope. Cuando vuelve de él y los amigos quieren apartarla de aquel teatro de muerte, no consiente en ello sin besar de nuevo el cadáver, á quien velan ya el abate Goddard y dos hermanas de la Caridad.

»Tres cuartos de hora despues, á las once y media, el príncipe imperial, con su uniforme de alumno de artillería, llega de Woolwich reventando los caballos de su carruaje, que le han conducido en tres cuartos de hora. Al pasar por la verja de la posesion ya advierte las lágrimas en el semblante de la portera. En la alameda que va á la casa encuentra al conde de Clary, á Piétri, que consternados le dicen sólo, al ser vivamente interrogados por él, que el emperador se halla muy grave. El quiere, pálido y tembloroso, pero con voluntad enérgica, saber toda la verdad, que adivina. En la escalera encuentra á su madre, que procurando ocultar su llanto, le abraza amorosamente sin decirle aún toda la catástrofe. Pero como el príncipe insista, Eugenia de Guzman le dice entre sollozos: — «Luis, sólo me quedas ya en el mundo,» y le conduce, pálidos ambos, sofocando su emoción, á la cámara mortuoria. El príncipe se aproxima al lecho del emperador, recostado de un lado, cerrados sus ojos y su boca merced á un pañuelo que los médicos han puesto en su barba, le abraza y besa, recitando en alta voz y en latin el Padre nuestro, retirándose lívido pero sin una lágrima en sus ojos.

» Como cuantos asistian á tan desgarradora escena sabian que el príncipe adoraba á su padre, de quien era el idolo, estaban asustados de la desesperacion muda del príncipe; pero al fin, se vuelve hácia los médicos para preguntarles cómo ha muerto Napoleon III, y ante su relato las lágrimas caen al fin abundantemente de sus ojos. Antes de alejarse de allí, la emperatriz y el príncipe depositan sobre su corazon un ramo de ojas verdes bendecidas, y agua bendita.

» La prensa inglesa, afectada naturalmente del mal éxito de la operacion, hecha por doctores ingleses, discute las causas de la catástrofe, que el doctor Thomson atribuye á un golpe de sangre, que habia ahogado el corazon del emperador, que otros creen efecto de la fuerte dosis de cloroformo tomada por el enfermo, que gracias á este opio no habria sentido la gravedad de su mal y los dolores terribles de su inflamacion, mientras no faltan opiniones de que la operacion ha sido conducida demasiado rápidamente, y realizada tarde, cuando la antigua debilidad que sentia Napoleon III, los sufrimientos físicos de una campaña hecha á caballo, y los terribles dolores morales que ha debido experimentar desde Sedan, habian postrado todas sus fuerzas.

» El emperador, ántes de su embalsamamiento, que se realizó por el doctor Gastin, despues de haberse fotografiado y sacado el modelo de la cabeza del difunto, presentaba en su rostro una gran calma y ninguna expresion de sufrimiento. De media en media hora la emperatriz entra en su cuarto para arrodillarse y orar en el reclinatorio que habia al lado del lecho de Napoleon III. El príncipe imperial, silencioso siempre, está profundamente afectado, y sólo puede llorar cuando ve á su madre tenderle los brazos. Esta ha recibido la más cariñosa carta de la reina Victoria, llena de sentimientos cristianos y con las frases más amorosas para el príncipe imperial. Uno de sus edecanes se ha puesto á las órdenes de la viuda de Napoleon. Lord Sidney, que habita en las inmediaciones de Campden-Housse, fué el primero que tuvo noticia de la catástrofe, y poniéndola en conocimiento del duque de Cambridge y de la princesa de Kent, se apresuraron, así como el príncipe Arturo, á ofrecerse para todo á la emperatriz: tres horas despues llegaban innumerables telégramas de pésame que continuán afluyendo de todas las partes del mundo, así de los soberanos todos como de muchos particulares, figurando entre los primeros los del Santo Padre y la reina Isabel de España, que todos los dias preguntaba por su salud, y á quien de órden de la emperatriz se comunicó inmediatamente la nueva de tan triste suceso. Inmediatamente ha enviado á un grande de España en representacion suya á la emperatriz y para asistir á las exequias del emperador.

» Las cartas de Londres que seguimos extractando, como los diarios de Paris, dicen que desde el 40 empezaron á llegar gran número de personajes á Campden-Housse, siendo de los primeros el príncipe Napoleon con la princesa Clotilde, que estando en Suiza y no pudiendo atravesar la Francia, tuvieron que embarcarse en Bélgica, el duque de Cambaceres, que debe ejercer las funciones de gran mayordomo del emperador, la princesa Matilde, que estaba en Enghien, los príncipes Murat, los duques de Mouchy, que se hallaban en Niza, Rouber, en cuyo hotel de Paris se han inscrito más de diez mil personas, la familia española de los Aguados, marqueses de las Marismas, fieles siempre á la causa imperial, el general Fleury,

que llegó el mismo día de la catástrofe, Lavalette, y cuantos imperialistas de nota hay en Europa.

»Parece que el cadáver del emperador quedará en la iglesia católica de Santa María de Lóndres mientras se resuelve si va á la posesion que, heredada de la reina Hortensia, tiene el emperador en Suiza. Por el pronto, y en un consejo de parientes y amigos, se decidió que se harian á Napoleon III funerales sencillos en la modesta iglesia del pueblo, donde el cadáver permanecerá dos dias, y que las primeras grandes honras tendrán lugar en la catedral de Kensington, al propio tiempo que se celebran en los templos de Paris.

»Se habla naturalmente mucho de la próxima publicacion del testamento del emperador, de sus últimas palabras á la Francia, que en la prevision de su muerte cuando se resolvió á hacerse la operacion, parece redactó de acuerdo con Mr. Rouher, en visita que hizo á Inglaterra hace tres semanas.

»Tambien se anuncia una proclama de la emperatriz; pero aun cuando los bonapartistas, que llamaremos de pluma, se encuentran muy ardientes, parece que ante la situacion de la Francia, ocupada por el extranjero, y temiéndose la reaccion que toda imprudencia podria producir en el sentimiento público, hoy simpático á tan grande infortunio, se guardará una exquisita prudencia. Por su parte, el gobierno de la república francesa, obrando con una delicadeza que le honra, ha autorizado á muchos generales que sirvieron al imperio, y á su cabeza Mac-Mahon, para que asistan á las exequias de Napoleon III.

»Hemos dicho que en Inglaterra el sntama más pronunciado es el de una compasion benévola ante tan inmensa desgracia. Los príncipes de Gales que debian dar en el campo una fiesta, la suspendieron inmediatamente que llegó á noticia suya la muerte del emperador. En cambio, los comunistas refugiados en Lóndres quisieron celebrar un banquete que la irritacion pública impidió se consumase. ¿Qué distinta página ocuparía en la historia el segundo imperio si despues de las manifestaciones revolucionarias de 1870 en Paris, la batalla que quiso dar á la Alemania la hubiese dado á la demagogia!

---

**Funerales de Napoleon III.** Así los describe la siguiente carta de Inglaterra, que han publicado los periódicos de Paris:

«LONDRES 16 de Enero de 1875.

»Aun esta carta tendrá que estar consagrada á los funerales de Napoleon III, verificados en el dia de ayer. Pero temiendo que el telégrafo haya anticipado los rasgos más importantes de tan solemne ceremonia, me limitaré á presentar sus principales caracteres. La vispera hubo una ceremonia verdaderamente patética; la visita del príncipe de Gales y del duque de Edimburgo á los restos mortales del emperador. Colocado el féretro de este en la galeria de pinturas, se habia cerrado la puerta principal de Campden-House, que daba á lo que podríamos llamar atrio de la casa, abriéndose la del costado derecho. En una sala de regulares dimensiones, cubiertas sus paredes de tapices negros, en que resplandecia la inicial napoleónica; ante un altar con la cruz cristiana, á cuyos piés oraba monseñor Bawer, y teniendo en el fondo la bandera tricolor de Francia, descansaba el cadá-

ver de Napoleón III sobre un doble féretro de plomo, seda y terciopelo de color lila, llevando el uniforme de Sedan, el gran cordón de la Legion de Honor, la Jarretiere de Inglaterra y la órden militar de Suecia, dada al vencedor de Solferino.

»Entrada ya la mañana, los príncipes de la familia napoleónica fueron á buscar al príncipe imperial á la morada del conde de Clary, y en medio de grandes simpatías populares del concurso, que era inmenso, le condujeron á Campden-House. Las princesas Matilde y Clotilde y otras damas rodeaban en tanto á la emperatriz en sus aposentos.

»El príncipe imperial, acompañado de sus parientes, recibe muy conmovido á los hijos de la reina de Inglaterra, quienes, despues de orar por el alma del emperador y de besar amorosamente á su hijo, presentan sus sentidos homenajes á la emperatriz y son conducidos hasta la verja del parque por la familia imperial. La emocion fué un momento tan grande, que las lágrimas asomaron á los ojos del príncipe de Galles, mientras inundaban el pálido y delicado semblante del príncipe imperial. Cuando los regios huéspedes marcharon, empezó el desfile ante la tumba, del príncipe imperial, de las princesas y príncipes de la familia, de los grandes personajes del imperio, de los extranjeros distinguidos y del pueblo, que habían acudido en número de 30.000 á esta ceremonia. Grupos de 200 se sucedían á otros de igual número, formando una fila inmensa, respetuosa y en lo general conmovida. Una comision de obreros franceses depositaba una corona de siemprevivas, otros dejaban ramos de violetas, muchos lloraban ante la contemplacion de tan grande infortunio. El príncipe imperial era objeto de generales simpatías.

»Cuando llega la triste noche, la emperatriz, á quien han pedido que no vaya á los funerales en el templo, se empeña en pasarla orando ante el altar de la cámara mortuoria hasta las cuatro de la madrugada. Varias damas la acompañan, y cuando entra en su estancia, sus fuerzas no pueden más. Al dia siguiente, y á la hora fijada, el cortejo se pone en marcha, saliendo de Campden-House por su gran alameda, hasta descender en diez minutos la colina que va á la iglesia de Santa María.

»A la cabeza marchan el duque de Bassano, una diputacion de obreros franceses, los canónigos de Saint-Denis y un grupo de pueblo llevando una corona con esta inscripcion: «Recuerdo de Paris á Napoleón III.» El carro fúnebre, tirado por ocho caballos negros, conduce el cadáver, al que rodean los generales Fleury, Castelnau, príncipe de la Moscowa y Beuille, edecanes que fueron del emperador.

»Detras del féretro va el príncipe imperial presidiendo el duolo; lleva una especie de capa negra y el gran cordón de la Legion de Honor. Inmediatos á él van el príncipe Napoleón, Carlos y Luciano Bonaparte, los dos príncipes Murat, el duque de Huéscar y el hijo de los condes de la Romana, parientes de la emperatriz, el príncipe de Wagran, lord Sidney, representando á la reina de Inglaterra; el conde de Torre-Diaz, representando á la reina de España; el general Carrara, con los demas oficiales del ejército de Italia, de donde no ha llegado aún el príncipe Humberto, pero sí una carta de Víctor Manuel en que dice á la emperatriz que Napoleón había sido su hermano de armas y que le amaba. El lord corregidor de Londres, con los aldermanes, el general Simons, con una diputacion de colegiales de Woolwich, diputaciones del último Senado y Cuerpo legislativo de Francia, presi-

didadas por Rouher y Schneider, los mariscales Lebœuf y Canrobert, almirantes y vice-almirantes de Francia, los representantes de las potencias extranjeras, la casa civil y militar del emperador. El cortejo cuenta así más de 3.000 personas que marchan á pié, pues los carruajes han quedado en la colina, y que atraviesa por oleadas de un pueblo, cuyo número no bajaría de 150.000 almas. Como la iglesia es pequeña y la concurrencia se aboga, el servicio fúnebre, que preside el obispo católico de Lóndres, es corto, y terminado, los franceses todos pasan inclinándose ante el féretro, que va á quedar depositado en la capilla de Santa María. La actitud del pueblo inglés es admirable, y la emoción profunda en la multitud.

»Al regresar el príncipe imperial á Campden-House y dar las gracias en nombre de la emperatriz á aquel inmenso concurso conmovido, miles de voces gritan: «¡Viva el príncipe imperial! ¡Viva Napoleon IV!—No, no, exclama el príncipe casi llorando; gritemos sólo: ¡Viva la Francia!» ¡Qué día de emociones tan terribles para el pobre niño! Hasta las tres de la tarde estuvo recibiendo á las damas francesas y extranjeras, y á cuantos personajes distinguidos habían llegado para asistir á la ceremonia, y mañana lo hará la emperatriz, si sus fuerzas se lo permiten, respecto de los 10,000 franceses en que se calculan los llegados á Chislehurst. También tendrá lugar su entrevista con la reina Victoria.

»Mac-Mahon, que no ha estado en Inglaterra, ha enviado, así como la duquesa de Magenta, una carta muy afectuosa á la emperatriz. El mariscal, que, como Bourbaki, que manda en Lyon, y Bazainé, detenido en Versalles, tenían permiso, por sus circunstancias especialísimas, para asistir á los funerales, ha creído que en las circunstancias críticas de la Francia era para él, que ejercía un mando activo, un deber militar, aunque penoso, abstenerse de esta demostración. El general Cissey, ministro de la Guerra, le había pasado una orden encareciendo la prudencia de la medida general adoptada negando autorización á los oficiales con mando para ir á Inglaterra, cuando no mediasen razones especialísimas.

»La prensa bonapartista, dice esta circular que nos ha revelado *El Times*, parece tiene por consigna proclamar á la emperatriz como regente, y al príncipe imperial como sucesor legítimo de su padre, intentando que se firmen mensajes en este sentido. El gobierno de la república está resuelto á castigar severamente á cuantos en los cuarteles ó en los campamentos intenten manifestaciones semejantes. El gobierno respeta los sentimientos de afección y gratitud que cierto número de oficiales puede conservar hácia la familia imperial. No censurará ciertamente á aquellos que con motivo de la muerte del emperador dirijan individualmente á la emperatriz testimonios de respetuosa simpatía. Este acto sólo puede honrar á sus autores, teniendo la seguridad de que sabrán conciliarlo con las obligaciones que el deber les impone hácia el gobierno legal, único reconocido por Francia, porque los hombres de corazón son siempre los hombres del deber. Pero si ciertos testimonios individuales son legítimos, no puede consentirse que el ejército salga de su papel, puramente militar, ni se mezcle en agitaciones llenas de peligros para la disciplina y para la paz del país.»

**Impresiones morales, por D. Ramon Secade Campoamor.** Para dar una ligera idea del pensamiento que forma la base de la obrita que hoy anunciamos y que recomendamos á nuestros lectores, nos parece lo más oportuno transcribir algunos párrafos entresacados de las primeras palabras con que el autor da principio á su trabajo. Dicen así :

«Es este pequeño libro, resultado de algunas horas de meditacion sobre los azares y contratiempos de la vida humana. Escrito bajo la impresion que causan en el ánimo los tristes sucesos de nuestros tiempos tan varios y difíciles, no obedece á un plan fijo, ni sigue un método determinado.

»La religion y la familia son los fundamentos que he tenido presentes al discurrir sobre aquellos sucesos, adivinando sus tendencias, siguiéndolos á larga distancia y parándome sólo en los de mayor gravedad, he comprendido que las dos grandes bases en que estriba toda sociedad, están minadas hasta en sus cimientos. Convencido de esto y de los males sin cuento que tienen que seguirse á la humanidad, si olvida por un solo momento aquellos dos salvadores principios, *la familia y las creencias*, fui llevado, sin poder resistirme á ello, á salir á su defensa, escribiendo las cortas páginas que hoy ofrezco al público.

.....

»En la época que atravesamos se ponen á prueba las almas buenas y sensibles. ¿Cómo buscarles consuelos y fortaleza? Poniéndoles á la vista los santos principios de la moral cristiana, encareciéndoles su importancia y haciéndoles comprender que en ellos está la única manera de resolver los grandes problemas que se presentan en la vida.

»Feliz yo, si consigo llevar la calma y el sosiego á alguna de aquellas almas afligidas en su dolor y temerosas del porvenir.»

El índice de los capítulos es el siguiente:

Capítulo primero, La lucha.—Cap. II, El dolor.—Cap. III, El amor.—Cap. IV, La familia.—Cap. V, Continuacion del mismo asunto.—Cap. VI, El Orgullo.—Cap. VII, La ambicion.—Cap. VIII, El Corazon.—Cap. IX, La duda.—Cap. X, La paz del alma.—Cap. XI, Continuacion.—Cap. XII, Consuelos y esperanzas.—Conclusion.

---

**Modo de propagar la instruccion primaria EN LAS POBLACIONES AGRÍCOLAS Y EN LAS CLASES JORNALERAS.** Con este título se ha publicado en Guadalajara por D. Gregorio Herrainz la obra que nuestros lectores habrán visto anunciada en otro lugar. Como la materia es de tal importancia, llamamos la atencion sobre ella; y por lo mismo que hay tanta variedad de métodos y apreciaciones sobre este punto, y que no todos los profesores estarán acaso conformes con el Sr. Herrainz en algunas de sus ideas, aunque se hallan expresadas todas con lenguaje correcto y vigoroso estilo, los invitamos, como á los demas escritores competentes, á que atiendan y dilucidan esta importante materia, de la cual depende en mucha parte el giro y desarrollo de la vida de las sociedades.

